

MUJER Y RELIGION

POR LAS TRAMPAS Y LABERINTOS DE LA BIBLIA

“Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón.

Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón.”

Corintios, Cap. 11, V. 7, 8 y 9.

Por: Aminta Buenaño Rugel

En el principio todo era caos, nada, desorden. Dios creó el cielo y la tierra; el día y la noche; lo firme y las aguas; las plantas y los animales, y al sexto día, creó al hombre, el cual fue llamado el rey de la creación. Adán fue hecho a la imagen y semejanza de Dios; por ende, Dios era varón.

Vio Dios que, a pesar del hermoso y mágico mundo creado con dedicación exclusiva para Adán, no era bueno que el hombre estuviera solo y provocando un profundo sueño en él, tomó una de sus costillas y formó a la mujer...

Así la mujer, “del varón tomada”, aparece dentro de la historia bíblica como fruto de la inconciencia del hombre y como un subproducto divino; y su nacimiento, una necesidad dirigida fundamentalmente a distraer, divertir y acompañar la profunda soledad del varón. Pero Dios no quiso o no hubo de advertir

que esta última pincelada traería más tarde, no sólo la diversión y compañía anhelada para el "rey", sino la causa desencadenante de su torrencial ira: es Eva la que hace pecar a Adán (quien peca de ingenuo). Es Eva la que provoca la expulsión del paraíso y los terribles designios que habrían de perseguir por siglos de siglos a los hombres.

Desde aquel fatídico día somos malditos, nacemos untados del pecado original y sólo las benditas aguas bautismales son capaces de lavar la culpa. Dios iracundo había sentenciado a Eva: "Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz a tus hijos, tu voluntad será sujeta a tu marido y él se enseñoreará de ti". (Génesis, Cap. 3, V 16).

O sea que la opresión de la mujer por el hombre sería mandato divino. El varón como un segundo Dios sobre la tierra, y esta idea, vía colonización hispana ha sembrado en nuestras tierras pensamientos tan arraigados como aquel canturreo indígena muy popular: "Aunque pegue, aunque mate, marido es..."

Si el hombre fue declarado triunfalmente el "rey de la creación", a la mujer se le ha señalado el puesto de "reina del hogar" reduciendo el ámbito de sus posibilidades a un lugar minúsculo dentro de la sociedad.

La Biblia escrita por los antiguos profetas y por Mateo, Marcos, Lucas y Juan, todos varones, vieja profesora de moral de millones de personas, coloca a la mujer un paso atrás del hombre, en un plano de inferioridad con respecto a aquel. Esta apreciación la justifica y la respalda con un machismo nacido del mismo Dios y que representa una de las más fuertes y sólidas cadenas que somete ideológicamente a la mujer.

La imagen misma de la Virgen María presentada por la Iglesia Católica al interpretar el Libro Sagrado, es un dibujo mal hecho, distorsionado de la mujer. Es una imagen ("Virgen María purísima sin pecado concebida") que rechaza la intervención sexual de su cuerpo en la procreación y alumbramiento propios de la maternidad; que ve en el acto carnal una situación de

pecado y que centra en el estado biológico virginal los valores morales que señalan la pureza o no de la mujer. La Virgen María no concibe de una unión sexual. La Virgen María no da a luz como las demás mujeres puesto que después del parto sigue siendo virgen. José, su marido, celoso al principio, se ve obligado a aceptar que su hijo es de otro ... y esto no es adulterio.

La Iglesia Católica tradicional, contradictoriamente, a la vez que degrada las facultades naturales de la condición biológica femenina, las sublimiza: La maternidad es una categoría divina. Esto, con el tiempo se convierte en un chantaje social mayúsculo.

Es propio en nuestro medio ver a las mujeres cuando están atravesando su período menstrual calificar su estado de "enfermedad" ver su ciclo como un "padecimiento" al que se debe soportar con la misma resignación con que se toleran las lluvias y los días grises; mirar los flujos que emanan de su cuerpo como algo impuro y sucio que las avergüenza; aborrecer por esta causa, a veces, su condición animal de hembras, sentirse en desventaja, propicia a que los demás sepan lo que le ocurre. Y cuando están de parto, especialmente las que más escuchan los consejos de las abuelas, guardar después del alumbramiento un período de reposo de 40 largos días, al cual llaman sutilmente "dieta". En el Antiguo Testamento, el portavoz de Dios, el barbado Moisés, enseñó a su pueblo que el sangrado de la mujer propios del parto y la menstruación es señal de impureza e inmundicia. Por eso, según este libro, a la mujer durante los días en que "padece su costumbre" (menstruación) no le está permitido acercarse al templo ni tocar ninguna cosa sagrada o persona a riesgo de que su inmundicia recaiga sobre aquellos, solo "cuando fuere libre de su flujo contará siete días y después será limpia" (Levíticos, Cap. 15, v.28).

Y en lo que respecta al parto: "La mujer cuando conciba y dé a luz varón será inmunda siete días; conforme a los días

de su menstruación será inmunda. Y al octavo día se circuncidará al niño. Mas, ella permanecerá 33 días purificándose de su sangre, ninguna cosa santa tocará, no vendrá al santuario, hasta cuando sean cumplidos los días de su purificación. Y si diere a luz hija, será inmunda dos semanas conforme a su separación y 66 días estará purificándose de su sangre". (Levíticos, Cap. 12, Vs. 2, 3, 4 y 5).

O sea que la mujer cuando da a luz varón, es inmunda; pero si es hembra, es doblemente inmunda...

La Iglesia Católica Ortodoxa actual, ciega, sorda y muda, ante el paso huracanado de más de veinte siglos de historia, rasga sus vestiduras al presente y prohíbe a la recién parida o a la menstruosa de su congregación entrar al templo y recibir los sagrados sacramentos del altar mientras no haya cumplido los días de expiación que la harán "limpia".

"Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella; y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio (Marcos, Cap. 10, Vs. 11 y 12). La Iglesia Católica Apostólica y Romana, que es la que nos interesa por ser la más importante en nuestro país, siguiendo las enseñanzas de las Sagradas Escrituras predica la indisolubilidad del matrimonio. No importa lo que suceda en el seno del hogar: El matrimonio es sagrado.

En la Biblia conocemos de mujeres apedreadas por adúlteras, nunca se nos narra de hombres que hayan sufrido igual sanción por esta causa: NO hay igualdad moral entre los sexos. Esto es notorio aún en nuestros días: En nuestra sociedad no hay hombres que hayan dado el "mal paso" sólo mujeres; pero para lo que la mujer representa un "mal paso", para el hombre es un paso hacia la afirmación de su hombría. Es el inicio de su danza social en las pistas de un mundo que ejecuta su música desde pentagramas machistas.

La voluntad de Dios, expresada por boca de los antiguos patriarcas, quienes con sus largos cayados, barbas blancas y ropas amplísimas apacentaban su rebaño de ovejas y mujeres, señala que la mujer no tiene derechos no sólo sobre su propio cuerpo, sino tampoco sobre su alma. Su comportamiento debía ser igual a las blancas ovejas del redil, siempre con la cabeza gacha, propicia a la reproducción y al usufructo de su carne y de su leche. Según la Ley de los Votos (Números, 30) cuando la mujer ore no puede asumir soberanía sobre los votos de entrega de su propia alma a Dios, puesto que si dicha entrega es prohibida por su padre o marido no será válida y Dios lo comprenderá así...

Hay muchos mitos y creencias que tienen su cuna en las enseñanzas morales de la Biblia: La fuente de todo poder de la mujer reside en la maternidad, mujer estéril es ~~sinónimo~~ sinónimo de mujer muerta, no sirve a su casa ni a su marido; el hombre puede acusar a la mujer de adúltera, la mujer no (Números, 5); el hombre tiene derecho de rechazar y castigar a la mujer si ésta no es virgen (Deuteronomio, 22); la unión carnal con la mujer debilita las fuerzas del hombre (Sansón y Dalila, Jueces, 16); el hombre es superior a la mujer y así como "...Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer...", él es imagen y gloria de Dios, pero la mujer es gloria del varón.

Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón" (1 Corintios, Cap. 11, Vs. 3, 7, 8 y 9); la mujer casada debe estar sujeta a la voluntad del marido "Así como la iglesia está sujeta a Cristo", (Efesio Cap. 5, Vs. 22 y 24, Colosenses, Cap. 3, 1 Pedro, Cap. 3).

Una mujer muy religiosa que sigue fielmente, sin el necesario y justo distanciamiento histórico y crítico, las enseñanzas morales de la Biblia es una mujer puertas adentro, asimilada y encadenada por un invisible cordón celestial al interior de su casa y a la voluntad imperial de su marido. Corroída y desvalo-

rizada su propia individualidad e independencia. Colonizada por mandato Bíblico.

La Biblia no puede ser estudiada para orientarnos a la luz de los acontecimientos que se suscitan en la época del átomo, las computadoras y los vuelos espaciales pues es la historia de un pasado remoto que obedecía a sus propias e inmediatas necesidades; ni ser vista como la guía moral que nos lleve de la mano por la vida, porque ella hiere de muerte la humanidad de la mujer. La Biblia es la narración mítico-litúrgica de hechos económicos y sociales concretos de agobiante terrenalidad, en los que se refleja una ideología densamente patriarcal que alcanza su voluntad de dominio hasta nuestros días. Debe ser considerada como un riquísimo documento histórico en el que se nos muestra una organización social anterior; como un precioso fósil de formidables huesos todavía tibios de mitos, tradiciones, vivencias y una vocación sobrenatural propia; como un legendario poema épico del amor y del odio, de la paz y de la guerra, de la vida y de la muerte, que toca sensiblemente y de manera llana todos los más hondos y auténticos problemas humanos, que narra los balbuceos heroicos de las búsquedas denodadas del amor y de respuestas sólidas al enjambre de porqués que persiguen y agobian las vastas soledades del hombre; de la terrible necesidad de justificarnos; de los hincos devastadores de nuestras angustias y sobresaltos y la ansiedad desesperada de mitigarlos, surge la identificación y apoyo que suscita este libro en los hombres de todas las épocas.

La Biblia es, además, uno de los más hermosos y legítimos collares que luce la literatura universal, en la cual los hechos más insólitos y extraordinarios, que hombres con la argucia de magos y prestidigitadores puedan narrarnos, ocurren con la tranquila y pasiva resignación de aquello que debe ocurrir: Patriarcas legendarios que viven la juventud insólita de más de ochocientos años, conociendo prolíferas descendencias cuya multi-

tud no es posible enumerar con los dedos; mujeres menopáusicas e incrédulas que conciben en las postrimerías de sus vidas; diluvios interminables en que una sola barca con un solo hombre y su familia se agita confiada al ritmo ávido y crepitante en que las aguas se hinchan y recuerdan sus pecados a los últimos hombres; un Dios tronante y guerrero que lucha, con las armas invencibles del cielo y de la tierra, por un pueblo condenado a sufrir no por sus culpas sino por el socavo despiadado de la soledad y la nostalgia que carcomen sus inútiles esfuerzos; un mar tempestuoso que se torna dócil al ser dividido en dos por la voz vibrante de un patriarca de ojos alucinados y de ferocia que solicita imperiosamente camino; lluvias torrenciales de piedra y de fuego; zarzas divinas que hablan; alimentos salvadores que caen del cielo como besos de Dios; un hombre de fuerza elefantiásica y ojos de cordero que es capaz de matar sin mayor esfuerzo a más de mil hombres sucumbe derrotado por las trampas invisibles del amor; otro, sin vocación de profeta, es tragado, en su huida, por un enorme y temible pez, el cual lo conserva vivo en su oscuro vientre durante tres días y tres noches para luego vomitarlo ante los avances desafortunados de la fiebre litúrgica que lo acomete; el sol y la luna detenidos en la mitad del día por un osado guerrero que clama a Dios por luz para acabar con sus enemigos; una mujer que es convertida en estatua de sal por desobedecer y mirar, nostálgica y apesadumbrada, al pueblo amado y maldito que se le va quedando atrás; parálisis que andan, ciegos que ven, muertos, de lenguas clamorosas, que resucitan en un sortilegio interminable de milagros; tempestades y vientos que se calman sumisos ante la sola voz del Hijo del Hombre, aguas que se aprietan mansas y dóciles a sus pies; un poeta celestial que asciende espléndido, embriagado por las mieles del amor y de la esperanza, a los cielos ante el brutal desconcierto de aquellos que lo aman...

Si las narraciones del Antiguo Testamento son moralmente mares tempestuosos y crueles sobre los que siempre lloven granizos y leyes contra la humanidad de la mujer, el Nuevo Testa-

mento es un mar calmo y apacible, pero mar al fin, azotado por los vientos patriarcales que hacen sentir la desdicha de su opresión a la mujer desolada que mira atónita la playa del mundo.

Esto sucede en casi todas las religiones. La Biblia y el Corán son ejemplos clásicos.

En lo que se refiere a jerarquías eclesiásticas y al uso y desempeño de lo ritual, tanto en la Iglesia Católica como en las otras iglesias con sus variantes ordenalicias, la mujer no puede ser sacerdote, cardenal, peor Papa; no puede dar la comunión, confesar, ni prodigar la extremaunción por el sólo hecho de ser hembra. Y tal prohibición no figura en la Biblia...

Las religiones a lo largo de la historia han sido los mejores policías de la sociedad patriarcal, encadenando y sometiendo a la mujer a una cárcel de mitos y prejuicios; reduciendo su libertad e independencia, su derecho a decidir y a tomar la palabra, impidiendo cualquier posibilidad de fuga con fundamentos ideológicos de carácter divino, declarando la "ley de fuga" llamada opinión pública a cualquier insólita descarriada que se rebele al Poder. Manteniendo las esposas bien cerradas.

